



OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Revista

OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe · IEALC

ISSN 1853-2713

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/observatoriolatinoamericano/>

Volumen 7 · Número 1 (enero-junio, 2023)

¿Imbricación e interseccionalidad? Dos términos de la estructura de opresión del sistema capitalista

Entrevista con Jules Falquet

María Alicia Gutiérrez

¿Imbricación e interseccionalidad? Dos términos de la estructura de opresión del sistema capitalista

Entrevista con Jules Falquet

María Alicia Gutiérrez
IEALC - UBA
mariagut8@hotmail.com

El desarrollo de las luchas sociales permitió generar resistencias a formas muy diversas de la opresión. Estos modos múltiples, diversas, rizomáticas produjeron un escenario con puntos de encuentro y cruces que permitieron explicar las formas organizativas de lo social, las jerarquizaciones y las enormes desigualdades.

La noción de interseccionalidad (o de imbricación) que se articuló para comprender estas luchas diversas permitió analizar la complejidad del mundo social atravesado por opresiones entrecruzadas. Este concepto analítico tomó forma originalmente en los años 70 en las luchas políticas que llevaron adelante las activistas Afro-estadunidenses cuando pusieron en cuestión las limitaciones de los tres movimientos, para entender su situación particular y transformarla : feminista, antirracista y socialista. Por ello, este concepto tan utilizado y nombrado en la actualidad tiene su historia ligada al devenir de las luchas sociales. Sin embargo, ha sufrido idas y venidas. Para pensar sobre la articulación entre sexo, raza y clase en los movimientos sociales, la autora Jules Falquet retoma y desarrolla la noción de *imbricación*.¹

Sobre esto y otros interesantes temas dialogamos con Jules una tarde otoñal, en una importante librería de Montevideo, donde estaba realizando una serie de presentaciones y conferencias entre Argentina y Uruguay. Muy conocida en el ámbito académico y activista, nació en Francia en 1968, en pleno fragor de las luchas del mayo francés. Es Doctora en Sociología, lesbiana y feminista, según sus propias palabras. En su relato refiere que volvió a nacer en México en 1989 cuando inicia una larga experiencia por los territorios del Abya Ayala que la llevo a vivir en Chiapas primero, y después en El Salvador, donde realizo su trabajo de campo sobre las mujeres del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) como insumo de su tesis doctoral.

Un rasgo de Jules que la destaca es que es profesora en el departamento de Filosofía de la Universidad de Paris 8 St Denis y al mismo tiempo una militante muy comprometida,

¹ Falquet Jules (2022) *Imbricación: más allá de la interseccionalidad. Mujeres, raza y clase en los movimientos sociales*. Buenos Aires: Madreselva.

desde una perspectiva feminista, con los efectos de la globalización neoliberal, las resistencias y alternativas frente a ello. Autora de varios libros, parte de su recorrido por Argentina y Uruguay en abril 2023 tuvo que ver con presentar *Imbricación* desde una perspectiva feminista materialista francófona que busca dialogar con el feminismo decolonial de Abya Ayala.

Sobre esto y muchas otras cosas conversamos largamente, en una larga tarde uruguaya.

I. Feminismo materialista francófono: definición y alcances

¿Qué significación tiene para vos suscribir al feminismo materialista? ¿A qué se refiere el materialismo francófono?

Sabemos que en diferentes partes del mundo y épocas, varias generaciones y corrientes feministas, aunque interesadas por el marxismo, le hicieron críticas. A partir de los años 70, empiezan unos fuertes cuestionamientos sobre el estatuto del trabajo doméstico y “reproductivo” y su ausencia del análisis marxista. Esto dio pie a muchísimos debates, siendo hoy más conocidas las corrientes que insisten en la importancia del trabajo de “cuidado”. Pero en realidad, si bien le agregan al marxismo algo, bastante importante por cierto, no lo cuestionan de fondo —por esto se siguen llamando feministas *marxistas*. Por su parte, las feministas *materialistas* francófonas, aunque partiendo también del trabajo que realizan las mujeres, siguieron una pista más original. Teorizaron las relaciones sociales estructurales de sexo [*rappports sociaux de sexe*] al mismo nivel que las relaciones sociales de clase, afirmando que las mujeres y los varones, también formaban verdaderas clases sociales y no grupos biológicos. Es decir que se apoyaron en el materialismo para llevarlo más lejos. Desarrollaron el concepto de *sexaje*, afirmando que paralelamente a la explotación de la fuerza de trabajo del proletariado por la burguesía que regía la división *social* del trabajo en el modo de producción capitalista, existía una apropiación física directa del cuerpo de las mujeres por parte de los hombres que organizaba la división *sexual* del trabajo sobre la cual descansa el modo de producción patriarcal. Dicho de otro modo, no solo agregaron o visibilizaron ciertas actividades (como el trabajo llamado reproductivo o ahora de cuidado) al análisis marxista, sino que introdujeron otra relación social estructural a la ecuación. Además de la clase, permitieron tomar en cuenta el sexo como eje fundamental de la organización social. Es más: al hacer esto, abrieron la puerta para tomar en cuenta otras relaciones sociales estructurales aun, con la misma seriedad que la clase. De hecho, antes de volverse una de las principales exponentes del feminismo materialista francófono al teorizar el *sexaje* en el 1978, la socióloga Colette Guillaumin fue la primera en desnaturalizar radicalmente a la raza en su estudio precursor sobre la ideología racista, a finales de los años 60.

Así, la perspectiva feminista materialista francófona, primero permite pensar la especificidad de las relaciones sociales de sexo. Segundo, propone simultáneamente importantes análisis de otras lógicas de poder. Tercero y, por tanto, vuelve posible el teorizar lo que mucha gente ahora llama interseccionalidad, pero que prefiero conceptualizar como *imbricación* de las relaciones sociales estructurales de sexo, raza y clase.

¿Te definís como marxista: que significación tiene en el presente?

Bueno, sería más cierto decir que me defino como feminista materialista francófona. Me siento cercana y lejana a la vez del marxismo, en su inmensa diversidad —por lo que le falta respecto a la raza y al sexo. Me considero, antes que nada, feminista y lesbiana, y convencida de que hay que combatir con fuerza el racismo, el antisemitismo, la islamofobia y todas las consecuencias de las diferentes olas de colonialismo. A la vez, estoy segura que el materialismo y la visión histórica y dialéctica son una necesidad para poder entender con cabalidad la globalización neoliberal del modo de producción capitalista, nacido de la colonización y esclavización transatlántica, históricamente patriarcal. De manera general, creo que seguimos necesitando, tal vez más que nunca, una visión global, estructural y radicalmente revolucionaria, en el sentido de cambiarlo todo desde la raíz.

II. Sexo/clase/raza: una tríada de la opresión

¿Cómo pensás la relación entre sexo, clase y raza?

Hay varias maneras de entender esta relación. Muchas personas piensan que son condiciones “objetivas” que marcan cada sujeta y sujeto. De hecho, históricamente, Marx fue de los primeros en tratar de explicar científicamente, “objetivamente”, la importancia de la posición de clase de las y los sujetos. Sin embargo, una pensadora tan genial como Flora Tristán, en la misma época, escribió que también era capital la posición como mujeres u hombres, es decir la posición de sexo. Pero no podemos olvidar que sobre todo, más allá de las cuestiones individuales, tanto Marx como Tristán visualizaban clases antagónicas (las clases sociales y las clases de sexo), cuya lucha dialéctica no solo organizaba la sociedad sino que creaba las dinámicas de la historia.

A su vez, la raza tal como la entendemos hoy (la idea moderna de raza), es creada por las lógicas coloniales y sobre todo, concretamente por la invasión de Abya Yala y la posterior trata y esclavización de millones de personas para el modo de producción extractivista y plantacionista, afianzándose plenamente en los siglos XVIII y XIX. Notemos que la corriente de análisis decolonial nacida en Abya Yala afirma que la raza y el género

(modernos-coloniales) fueron creados e impuestos de una vez en 1492. En todo caso, tanto el sexo como la raza que conocemos actualmente, están profundamente ligados al desarrollo del modo de producción capitalista bajo el dominio europeo-occidental.

Ahora bien, en cuanto a saber cómo sexo, raza y clase afectan personalmente a cada sujeta o sujeto, y si una dimensión tiene más impacto en su vida, las cosas se ponen más difíciles. Igual, hay mucha disputa a nivel teórico para saber si una lucha debe prevalecer sobre las otras y/o si la incluye, y como se debe de traducir esto en las organizaciones políticas. Frances Beal, una sindicalista Negra del TWWA (Third World Women's Association), fue de las primeras en escribir sobre la complejidad de ser simultáneamente oprimida por diferentes motivos, en un texto de 1968 que tituló "Doble Jeopardy : to be Black and female". En la época, muchas mujeres Negras se organizan, participan muy activamente en el movimiento Negro, en la izquierda y forman grupos de mujeres y feministas. Sin embargo, el primer grupo en el que unas mujeres Negras de clase popular, muchas de ellas lesbianas, consiguen "ser todo lo que son" en un mismo lugar, es en el *Combahee River Collective*. Creado en 1974 en Boston, el *Combahee* produce una Declaración feminista Negra, publicada en 1977, donde denuncia simultáneamente el racismo, el capitalismo, el patriarcado y la heterosexualidad. En su análisis, habla de *cuatro sistemas de opresión imbricados* que hay que combatir con la misma intensidad y conjuntamente, porque se refuerzan mutuamente. De hecho, el trabajo del *Combahee* no solo es precursor de lo que hoy se llama la interseccionalidad, sino que ofrece, a mi modo de ver, una base de análisis más sólida porque está anclada en una militancia colectiva y en una perspectiva estructural y de transformación radical que a veces le hace falta a la interseccionalidad. Presento el trabajo del *Combahee* con detalle en el tercer capítulo de mi libro, porque es para mí un punto de partida extremadamente importante para pensar, tanto como feminista como en cuanto lesbiana. De hecho, muchas de ellas eran lesbianas y lo reivindicaban, siendo además de clase popular y Negras y por tanto sin ningún privilegio en que apoyarse, en un momento en que la represión era más dura que hoy.

III. Interseccionalidad o imbricación? Conceptos divergentes, miradas convergentes

Como desarrollamos al inicio de esta conversación vos optas conceptualmente por el uso de la noción de imbricación en el entendido que trasciende y supera la idea de interseccionalidad. Para ello tomas varias autoras que te permiten analizar esta noción no solo en el campo teórico sino también en experiencias aplicadas. Además desarrollas como se fue desenvolviendo ese concepto en el contexto francés en la medida que era observado como una moda académica, críticas al entender que género e

interseccionalidad quedaban indisolublemente unidas. El texto intenta desarrollar como se mezclan diferentes relaciones de poder para concebirlas como imbricadas.

En esa línea ¿Cómo se expresan esos diferentes ejes de dominación? ¿Podrías desarrollar las diferencias entre interseccionalidad e imbricación?

En primer lugar, diré que intento no usar el vocabulario de la dominación, porque tiende a naturalizar los fenómenos, sean de opresión, explotación, apropiación. Fijémonos simplemente en la diferencia entre los dos enunciados: “la montaña domina el llano”, y “la montaña oprime el llano” (esta enunciación se la debemos a una de las materialistas francófonas más perspicaz e intelectualmente atrevida, la socio-antropóloga Nicole-Claude Mathieu)². En segundo lugar, diré que puede haber tanto diferencias profundas como semejanzas marcadas entre las perspectivas teóricas de la imbricación y aquellas de la interseccionalidad, según las definiciones que se da de cada una. Veamos.

En un primer momento, el concepto de interseccionalidad es propuesto en 1989 por Kimberle Crenshaw, en el marco de una lucha legal llevada a cabo por sindicalistas Negras de la industria del automóvil. Le sirve para visibilizar a estas trabajadoras que en cuanto Negras, no son vistas como representativas de las mujeres, y en cuanto mujeres, no son consideradas como representativas del grupo “Negros”. Por tanto, Crenshaw se inscribe en la continuidad del trabajo de varias ex activistas del *Combahee* que en 1982 habían publicado una importante compilación de textos de feministas Negras titulada “Todas las mujeres son blancas, todos los Negros son varones... Pero algunas de nosotras estamos bravas”³. Para todas, es capital poder insistir sobre la situación de las personas y los grupos sociales que viven varias opresiones simultáneamente, e incluso ponerla en el centro. De hecho, el *Combahee* afirmó que para que estos grupos estén libres, era preciso acabar con todos los sistemas de opresión. Esta propuesta les conviene, por tanto, a todos los demás grupos oprimidos. Y tanto la propuesta del *Combahee* como la de Crenshaw, o las de Hill Collins, Beal y de la inmensa mayoría de las feministas Negras, insisten en que la meta de toda esta reflexión es antes que nada la sobrevivencia día a día de las mujeres Negras de clase popular, así como la lucha por la justicia social.

En cuanto a las diferencias entre interseccionalidad e imbricación, y aunque sea algo que pase con todas las propuestas cuando se vuelven exitosas, hay que decir que el “boom” de

² Sobre su trabajo, se puede leer : Jules Falquet, 2018, “Nicole-Claude Mathieu: hacía una anatomía de las clases de sexo », *Revista Andaluza de Antropología*, n°14: « Irrupciones feministas. Problemáticas epistemológicas y políticas », pp. 178-199. https://institucional.us.es/revistas/RAA/14/jules_falquet.pdf

³ Hull, Gloria T.; Bell Scott, Patricia ; Smith, Barbara (eds.), 1982, *All the Women Are White, All the Blacks Are Men, but Some of Us Are Brave: Black Women's Studies*, New York, Old Westbury : The Feminist Press.

la interseccionalidad en algunos segmentos universitarios y militantes, en especial a raíz de que la ONU lo promovió en la Conferencia antirracista de Durban en el 2001, hace que haya gente que le confiera cualquier sentido y lo use hasta para decir lo contrario de lo que significa —igual como ha pasado otrora con el concepto de género promovido por la ONU en la Conferencia sobre la Mujer de Beijín en el 1995. Pero sobre todo y más profundamente, ambos conceptos adolecen de fragilidades que, a mi modo de ver, facilitan que se despoliticen y hasta sean utilizados al servicio del proyecto neoliberal.

Para empezar, las primeras versiones de la propuesta de la interseccionalidad dejaban un poco de lado a la clase —aunque no del todo, pero digamos que no era central la dimensión estructural y afirmadamente anticapitalista, a diferencia de la propuesta del *Combahee*. Otra dificultad es que mucha gente la ha entendido como una propuesta que solo les ataña a las mujeres Negras, o a lo sumo, a las mujeres que sufren racismo. En cambio, la propuesta del *Combahee* afirma que cada persona y cada grupo están directamente afectados por la imbricación de los sistemas de opresión —aunque obviamente no desde la misma posición. Finalmente, y es lo más importante, el trabajo del *Combahee* apunta más a lo colectivo y lo estructural —lo que a mí me permite introducir, en vez de “sistemas de opresión” imbricados, el concepto materialista de “relaciones sociales estructurales” imbricadas.

Aquí, cabe explicar que las relaciones sociales estructurales de poder (*rappports sociaux* en francés) es un concepto que da cuenta de la lógica de la formación de clases sociales antagónicas, y es diferente de las relaciones inter-individuales, microsociales y cotidianas (*relations sociales* en francés). Es precisamente gracias a la posibilidad de distinguir estos dos niveles con mucha más facilidad en francés que en español, portugués o inglés, que la perspectiva feminista materialista francófona tiene especial fuerza. En efecto, pensamos de una vez a las mujeres y los hombres, no como grupos biológicos, sino que como clases sociales creadas por las *relaciones sociales estructurales de sexo*. Por esto, podríamos seguir prescindiendo de la teorización de tipo sexo/género, como lo hicieron teóricas como Nicole-Claude Mathieu o Monique Wittig, quienes escribieron diez o quince años antes que Butler, que el mismo sexo era, precisamente, social y no natural.

Para resumir, te diría que tanto el género, cuando es pensado como una identidad individual, y/o fuera de perspectivas estructurales y dialécticas, como la interseccionalidad, terminan siendo funcionalizados a las políticas neoliberales bajo la forma de cuotas y de políticas de diversidad. Al igual que el modelo de Gayle Rubin de la pirámide de la sexualidad, en donde pone la heterosexualidad matrimonial reproductiva en la cumbre y coloca luego en varios eslabones hacia la base, otras sexualidades cada vez menos consideradas, los modelos teóricos del género o de la interseccionalidad distraen la atención del hecho que si un grupo está en la cumbre, es porque hay un grupo

antagónico central que esta abajo, no solo dominado sino que oprimido, y del cual probablemente el grupo opresor saca alguna ventaja material concreta.

Teniendo en cuenta estas categorías conceptuales: ¿cómo desarrollaste en tu nuevo libro el trabajo sobre las mujeres en el FML en El Salvador y a las mujeres en Chiapas?

Mi experiencia con América Latina y el Caribe surge de una primera vivencia de casi un año en Chiapas para la investigación de mi Maestría (1989-1990), de allí viví más de dos años en El Salvador justo después de la guerra (1992-1994) para realizar mi tesis doctoral, y luego volví a intentar instalarme en México DF un poco más de un año, en el 2001.

En El Salvador, realicé un trabajo con mujeres ex guerrilleras luego que hubieran vivido doce años de guerra y más de veinte años de procesos revolucionarios marxista-leninista. Esa experiencia, que tuvo un fuerte impacto en el continente y más allá, empieza con la formación de una primera organización armada en 1970, mientras que la guerra inicia en 1980 y se prolonga hasta 1992. La reivindicación central era la reforma agraria. Estuve viviendo y trabajando allá en la inmediata posguerra y centré mi análisis en lo que entendía fue un proceso de autonomización de las mujeres de los partidos de izquierda. Durante todo el periodo “revolucionario”, el partido apoyaba y necesitaba de la participación de las mujeres, que llegaron a conformar un tercio de la guerrilla y hasta más de la mitad de las bases sociales de apoyo, pero a la vez, el FMLN afirmaba que el feminismo era burgués. Por tanto, impedía su desarrollo para no “dividir la lucha” y las mujeres se organizaban como mujeres pero no formulaban demandas feministas, ni para ellas mismas, ni para que fuesen incorporadas al proyecto revolucionario global.

Cuando terminó la guerra, se volvió a abrir un espacio político para los movimientos sociales, independientes de los grupos político-militares. Pues, en vista a la poca atención que el partido les dedicaba ya en la paz, ahora que no las necesitaba tanto, algunas mujeres se empezaron a independizar ideológica y organizacionalmente, hasta para algunas, salir del propio partido y fundar organizaciones de mujeres independientes. Intenté analizar como en dos años, entre el cese al fuego y la primeras elecciones relativamente democráticas que se dieron en el 94, nació y se desarrolló un movimiento que se reivindicó como feminista cuyas militantes, sin abandonar sus principios revolucionarios y su perspectiva de clase, quisieron que se incorporen cambios para las mujeres y transformación de las relaciones de poder entre los sexos, al proyecto de la izquierda.

En mi libro, analizo cómo algunas mujeres que se habían incorporado a la lucha para defender unos intereses de clase tales y como los definía el FMLN, se terminaron posicionando finalmente como mujeres, sin perder su consciencia de clase. Esto muestra que no es una “identidad” previa, fija y obvia, la que marca el rumbo de la lucha, sino que

según un contexto y al cabo de muchas experiencias, las personas y los grupos van dando mayor o menor énfasis en su lucha a tal o cual tipo de intereses (de clase o de sexo en este caso).

La experiencia en Chiapas fue distinta. El movimiento zapatista, si bien tiene orígenes marxistas-leninistas y urbanos, hoy es compuesto casi exclusivamente por personas indígenas, del campo. Respecto a este movimiento, destaco más las relaciones sociales estructurales de raza y como se combinan con las de sexo (siendo también importante la dimensión de clase, pero el propio movimiento zapatista no la puso tan de relieve). A través de estudiar la “Ley revolucionaria de las mujeres”, un documento que el movimiento zapatista dio a conocer desde el comienzo de su aparición pública, analizo como las mujeres indígenas, sin salir de la organización, consiguieron plantear demandas en las que hicieron converger sus reivindicaciones como mujeres y como indígenas. Pero ojo: además de las diferencias que existen entre el contexto político-histórico salvadoreño y chiapaneco, las mujeres zapatistas, al ser indígenas y no mestizas, tienen otra manera de vivirse como mujeres. Las relaciones sociales de sexo son diferentes en el mundo mestizo e indígena (y también según la clase). Eso contribuyó a que las zapatistas se pudieran juntar como mujeres y formular demandas como tales —pero no necesariamente demandas *feministas* como usualmente se entiende desde el movimiento feminista dominante. Lo que las experiencias salvadoreña y chiapaneca ilustran entonces, es como el ser o sentirse mujer u hombre, y percibir su propia posición e intereses de clase y de raza, es contextual, variable según la cultura, la experiencia organizacional colectiva e individual, y el paso de la historia.

El libro permite también visualizar la variedad de los análisis de las mujeres en otros movimientos, dependiendo de sus contextos. Me parece un tema muy importante de tomar en cuenta, por eso, por ejemplo, quise incluir tanto un capítulo sobre un grupo feminista Afro de Estados Unidos, en donde el racismo tiene ciertas características bien específicas (segregacionista y en donde apenas una “gota de sangre” negra ennegrece a las personas), y otro capítulo sobre los análisis producidos por otras feministas Afros del resto del continente, en especial de Brasil y del Caribe, donde predomina un racismo blanqueador y por denegación. Así, se entiende mejor por ejemplo, la originalidad y la lógica del proyecto político de las feministas Afrobrasileñas de “devenir Negras” teorizada primero por la antropóloga feminista Negra y cofundadora del Movimiento Negro Unificado, Lélia Gonzales, como una forma de resistencia cultural y política individual y colectiva. No tendría sentido en Estados Unidos, y sin embargo es una propuesta de importancia capital en el resto del continente, donde vive, dicho sea de paso, la mayor parte de personas Afrodescendientes del mundo.

IV Presente y nuevas resistencias

Analizada tus experiencias con el Abya Ayala y el pensamiento decolonial hace ya algunos años nos parece clave el modo en que pudiste ubicarte en esa situación como francesa académica y hacer de esa experiencia una oportunidad de enlazamiento con los movimientos sociales de la región. Por otro lado, estamos atravesados por una etapa donde la crisis y los avances de las propuestas de la derecha extrema son un presente en muchos países de Europa, América Latina y el Caribe. En ese sentido y para finalizar mi pregunta se orienta más hacia el presente:

¿Cómo imaginas hoy las resistencias al neoliberalismo?

Bueno, para empezar, decir que hay muchísimas formas de resistencia, y esto me alegra y me reconforta, porque a veces entro en pánico al medir los estragos que causa este sistema, tanto en las personas como en los demás seres vivos y en nuestro planeta en general. Por lo que obviamente, creo que las luchas ecofeministas son centrales y vitales ya, y deben incluir un claro análisis del racismo ambiental. Pero además, me parece que un elemento muy importante es combatir el racismo en sí, en especial en la medida en que el racismo es la principal manera hoy de impedir la libre circulación de las personas, un asunto que es central tanto para escapar al desastre ambiental y a las guerras neoliberales, como para poder buscar posibilidades de estudiar, ganarse la vida o simplemente, vivir más felices.

Para combatir este racismo hoy tan central y a esta explotación tan despiadada que enfrentamos, creo que al igual que lo hicieron las feministas y las lesbianas de la corriente “autónoma” de Abya Yala en los años 90, hay que oponernos a la instrumentalización del género y de la sexualidad, ya sea por los Estados, las instituciones internacionales o los partidos de derecha, que cada vez más, pretenden construir una supuesta “igualdad de género” en un mundo “LGBTQI+ *friendly*”, reprimiendo a los varones de las clases populares y racializados, así como “remodelando” a todas las mujeres que no corresponden al modelo clasemediero blanco-occidental. De ninguna manera podemos satisfacernos con este horizonte. Al contrario y dicho de otra forma, creo firmemente que nuestras luchas deben incorporar profundamente una comprensión del carácter imbricado de las relaciones sociales de poder, para poder combatir las simultáneamente y con igual energía a todas. De allí, y de nuestra capacidad de alianzas entre las luchas, depende la victoria que nos urge ganar contra el inhumano neoliberalismo.